

EL MUNDO DEL LIBRO

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

Leopoldo Lugones.

Tres libros ejemplares: El Payador. Romances del Río Seco. La Guerra Gaucha.

Hace veinticinco años que Leopoldo Lugones se despidió voluntariamente de la vida, abriendo con su ausencia un ancho claro en la vanguardia vigilante de la intelectualidad argentina, aquella nunciadora de su tiempo. Se fue del mundo con un portazo seco y tajante como su gran prosa castellana. Nadie lo vió desertar nunca de sus deberes cívicos, en titánica lucha agonal contra la gris indiferencia de muchas gentes. Fue un varón pujante, un adoctrinador esencial en quien el razonamiento se hace fulgurante e invita a la polémica, porque supo abrir los caminos del diálogo y concitó a las encrespadas muchedumbres para una marcha ascendente hacia las más puras colinas de la patria. Cuando se trataba de esta, buscaba sus líneas esenciales o sea aquello que es sustancia, fragante Ontología. Como los grandes animadores del espíritu nacional, creía en el sustantivo y dejaba de lado el adjetivo. Este último impregna el vago jardín crepuscular de muchos de sus versos amorosos. Le sirve como el color al pintor para diluidas atmósferas sentimentales. Vagos tramontos o mágicos climas submarinos. O calza el coturno de un soneto donde se respira el vago aroma de las flores. Vigorosa huella parnasiana con sus arquitecturas perecederas, pues, lo tenemos bien sabido, la forma, al desintegrarse deja apenas un ácido promontorio de ceniza. O ese su alucinante simbolismo donde aletean remotas estaciones del alma.

Pero cuando de la patria se toca, Lugones trabajaba con bloques de eternidad. Allí no existe concesión a lo meramente alegórico o a las crines ululantes de la demagogia. En esta materia nobilísima él creía en las raíces que hunden sus jugosos filamentos en la tierra del corazón. El rostro de la patria era sagrado para el poeta. Por cima de las tempestades del ágora, de los ilusos mirajes de los políticos, de lo que tiene caliente color localista, estaba esa urna selectiva alimentada por la esperanza de miriadas de generaciones aventadas por la tolvanera de los siglos. Nada en él tuvo blanduras o molicias cortesanas. La patria es una

unidad y un vínculo. Por eso mismo estuvo lejos de todo lo que pudiera enturbiarle esa diáfana visión. Con la patria no se pueden hacer transacciones. Ella tiene que estar separada de riesgos y aventuras. Porque sus colinas, sus llanuras, sus ríos, sus ciudades, el fulgor cristiano de sus templos, la teoría de sus doncellas, forman un todo, un alto y almenado castillo de nuestros sueños. Lugones ejercía en esto, como en todo el almá-cigo de la cultura argentina, un apostolado que algunos quisieron negarle pero que se imponía por la reciedumbre de este hombre en cuyo pecho rebotaban las flechas envenenadas. Su organización mental resulta así una torre de superpuestos teoremas de piedra eterna que remontan en llama como él mismo lo escribiera de Domingo Faustino Sarmiento. Por ello, además por su reflexión, su acción intelectual se transmutaba en silogismos implacables, y aquellas prosas de sus libros nos vienen ricas en jugos nutricios, adoctrinadores.

Nunca pudo ser un hombre-masa, materia para que otros trabajaran sobre ella. No podía ser con su rigorismo lógico una cifra más en la Argentina de su tiempo. Tenía el genio y el ingenio de los auténticos conductores espirituales. Y parecía alimentarse de su propia soledad y desde ese torreón orientar, perfilar, crear hechos. De ahí que hubiera hundido las herramientas de su trabajo de escritor en aquellas vidas que, con su soplo y levadura de eternidad, le dieron vida a la patria y la levantaron en hombros de sus propias hazañas. Y pisó firmemente en el suelo argentino para compenetrarse con las auténticas savias nacionales. Y el pueblo fue el testigo de su desvelo. Por lo cual su faz innumerable se asoma con curiosidad y picardía, con temblor humano y recóndita poesía en sus libros. Los cuentos populares que andan voladeros de boca en boca, los dichos redondos como dísticos, el agua de la copla, el tornasol de una pollera, las trenzas endrinas, la música popular, el amor campesino fragante a resinas, el aroma de los montes y la ternura de los valles, están ahí en "Romances del Río Seco", "El Payador" y en "La Guerra Gaucha".

Lugones contribuyó como pocos a honrar su solar nativo. En su madurez austera, cuando recogemos los mejores frutos del Espíritu Santo, dedicó a su genio creador a encontrar las fuentes de la república y darles esplendor. No como mero cronista memorioso, sino como artífice eximio, ya que poseía el don de transformar en belleza todo cuanto tocaban sus manos. Ya quedaban distantes los Jardines de Francia y la leyenda de Belkis perfumada de sándalo. Ante sí tenía el poeta aquello que es intransferible, lo que pertenece a nuestra propia esencia o sea la comarca donde nacimos, donde duermen los padres y abuelos, la lírica geografía de la infancia. De regreso de las mejores vendimias, con sus corales y madréporas, alzó en su puño tierra argentina, mito y chamanismo americanos.

Si hoy queremos conocer y estudiar el folclor, el anhelo, las candelas del amor campesino, la huella del gaucho en la piel de toro de la pampa, es preciso leer estos tres libros de Lugones y sentir, en la cálida respiración de sus páginas, el trote largo del caballo de crines revueltas, el bramar de las reses, la palabra del Hombre densa de soledad, su abierta lu-

lucha con la naturaleza, el jugo de sus proverbios, el sabor del mate confidente. Todo ello envuelto en la alucinación de las lejanías que es como vestirse un pardo sayal penitente.

Lugones honró la patria y la hermoseó en esa hazaña descomunal de La Guerra Gaucha, donde el artista prodigioso vuelca todos los colores de su paleta, desde el azul angelical, hasta el negro ferruginoso y sombrío, pasando por el gris perla y el amarillo flaco del Mar Muerto. Con maestría ejemplar sacó de las canteras del idioma ariscos vocablos o palabras nuevas, tiritando de ineditéz. Pudo hacerlo merced a su tremenda fuerza mental, su orgullosa independencia, su ternura hacia los gauchos floridos. Recordar sus libros y su vida es honrar la condición humana.

Ricardo Charria Tobar.

José Eustacio Rivera en la intimidad.—Ediciones Tercer Mundo.

Nada agrega a la obra literaria de José Eustacio Rivera este libro, escrito en un estilo campechano y confianzudo. Ningún toque psicológico, ninguna observación aguda, pero ni siquiera brillante. Una serie de anécdotas caseras, sin trascendencia alguna. Son de esos libros condenados irrevocablemente al olvido en breve tiempo. De su lectura se pueden extraer los mismos datos que encontramos en la vida de nuestros escritores, que, dado el medio y el tiempo histórico que nos ha tocado vivir, son parecidos los unos a los otros. El autor nos habla de pequeñas envidias, rencores del mundillo literario, gracejos sin gracia, en fin, un viaje alrededor de la nada.

Ya es hora de que algún escritor colombiano ahonde en la vida de Rivera con sentido de fina captación intelectual, ya que su estudio comprende una buena parte de la gran historia literaria de Colombia, en uno de sus varones ejemplares. Porque Rivera, más allá de estos anecdota-rios pueriles, fue testigo y mártir de su propia epopeya creadora, hombre de lucideces mentales extraordinarias, acuarelista de nuestro paisaje, hon-do cantador de nostalgias, amores y fragancias campesinas. Por eso mismo, merece un gran biógrafo que eternice su memoria y la salve de la precaria vida que tiene lo humano confiado a la memoria fluída de las gentes.

El testimonio del señor Charria Tobar está bien como muestra de aprecio casi familiar por el escritor, pero carece de aquellas condiciones intelectuales que hubieran hecho de él un estupendo documento humano. La amistad no es solamente el pregonar en voz alta que conocimos a determinado escritor y que nos distinguió con su amistad, sino en sacar conclusiones buidas del trato frecuente con él, poder ahondar en su mundo en lo que tiene de humano, traernos hallazgos vivos y palpitanes. Este libro es apenas un esbozo sentimental de un recuerdo por alguien que brilló con luz propia en el universo de la cultura colombiana y cuyo nombre trascendió las fronteras de Colombia, para darnos un sitio de honor en la cultura americana.

Meira del Mar.

Poesía.—Antología bilingüe.

Es muy difícil entrar en comparaciones, de tan suyo ingratas, al referirnos a la poesía de Meira del Mar. Bajo este dulce y marino seudónimo, una alta flor de la familia de los cedros del Líbano, viene dejándonos la pura fragancia de una poesía que a todos nos honra en su universal estremecimiento. La sensibilidad de Meira del Mar es asombrosa. Registra todas las mutaciones del tiempo en el fino órgano de su vida. Abierta a las más vivas suscitaciones exteriores, no por ello, deja de sentir “el hondo vertedero de la ternura”, que camina por su sangre como un rebaño de campanas. Su voz lírica es una de las más firmes, redondas, cuajadas del momento intelectual de Colombia. No se ha quedado pulsando una sola cuerda de su lira, sino que ha sabido cantar el amor, doncel que nos hiere y derriba, como también la alegría en lino de las mañanas, el júbilo del mar como un jaguar de líquida piel echado a sus plantas, los elementos que definen y sitúan el paisaje físico, y también la muerte, con sus negras raíces y sus largos velos y sus oscuros vinos y su lento yelo.

Porque Meira del Mar siente el mundo circundante en la misma forma como le llega a su vida ánima a otra mujer americana, de tan extraordinaria gracia y de dolor tan hondo y compartido: Juana de Ibarborou. Para Meira el universo de las formas, el barroquismo delirante del trópico, no le interesan. Ha sabido realizar una honesta tarea de economía en el lenguaje, en la voz, en el canto, para únicamente darnos lo esencial, la almendra que se hermana con nuestros huesos. Por eso mismo su poesía resiste, victoriosa, el paso del tiempo. Porque está labrada sobre un brocal antiguo y a medida que discurre el tiempo, se graba más en la materia y su hondura es como una secreta herida no compartida, ni en el dolor, ni el recuerdo.

Meira del Mar es la voz lírica más pura de Colombia. Otras hay que tienen hondas virtudes germinadoras y suscitadoras: Carmelina Soto, Matilde Espinosa de Pérez, Elvia de Bodmer, Maruja Vieira, Dora Castellanos, Laura Victoria, Dolly Mejía, pero Meira es como un promontorio de brisas y de cenizas desgarradas. Porque se ha enamorado del mismo amor como de un mancebo de ojos dulces, blonda cabellera griega, voz de flauta y esquiva presencia que se otorga y se recoge en el ensimismamiento. Por eso mismo canta el milagro de amar, pero también, la bella criatura, sabe que todo es efímero, que las rosas que nacen en la mañana mueren en la tarde, que la juventud de la mujer es apenas como un poco de rocío que empapa y refresca por un minuto, pero después nos deja el fascinante recuerdo de esa frescura y acaso mayor fiebre, más espina hincada en la sensibilidad.

Meira del Mar ha cumplido uno de los itinerarios poéticos más serios y trascendentes de nuestra patria. Por raza, por temperamento, por una secreta y divina armonía, estaba constituida para esa obra creadora cuyo testimonio es precisamente esta Antología, que señala su paso por la poe-

sía desde los días de la más radiante juventud, hasta hallar esos valles desolados, donde sabemos que todo muere y que lo mejor de nosotros mismos, es apenas un telar de soledad, sacudido iracundamente por un negro viento de pesadilla.

Leamos dos espléndidos poemas de esta Antología con la cual Italia ha querido honrar a la poesía de nuestra Colombia de líridas:

PRESENCIA DEL OLVIDO

*Tú ya no tienes rostro en mi recuerdo. Eres
nada más, la dorada tarde aquella
en que la primavera se detuvo
a leer con nosotros unos versos.*

*Y eres también esa tenaz y leve
melancolía que sus pasos mueve,
sobre mi corazón,
y casi no es
melancolía...*

*Alguna vez yo tuve
tu rostro y tus palabras...
Hoy no sé qué se hicieron!*

*Hoy eres solamente
esas pequeñas cosas que se llaman
un día, un libro, el lento
caminar de la mano de la estrella,
y a veces, —pocas veces—, el silencio
fijándome los ojos desolados
en un sitio del aire, como ciegos...*

*Yo sé que estás lejano de mi límite.
Que ya no eres ni la voz ni el eco...
Si por el cauce de mi sangre subes,
llegas, vano fantasma, hasta mi sueño.*

MUERTE MIA

*La muerte no es quedarme
con las manos ancladas
como barcos inútiles
a mis propias orillas,
ni tener en los ojos,
tras la sombra del párpado,
el último paisaje
hundándose en sí mismo.*

*La muerte no es sentirme
fija en la tierra oscura
mientras mueve la noche
su gajo de luceros,
y mueve el mar profundo
las naves y los peces,
y el viento mueve estíos,
otoños, primaveras.*

¡Otra cosa es la muerte!

*Decir tu nombre una
y una vez en la niebla
sin que tornes el rostro
a mi rostro, es la muerte.
Y estar de tí lejana
cuando dices: "La tarde
vuela sobre las rosas
como un ala de oro".*

*La muerte es ir borrando
caminos de regreso
y llegar con mis lágrimas
a un país sin nosotros,
y es saber que pregunta
mi corazón en vano,
ya para siempre en vano,
por tu melancolía*

Otra cosa es la muerte.

René Uribe Ferrer.

Modernismo y Poesía Contemporánea.—Ediciones LA TERTULIA—
Colombia.

Tenemos aquí nuevos ensayos sobre el modernismo y algunos de sus poetas representativos. No todos. Ni los mejores. Porque olvidar a Silva, Pombo, Rafael Vásquez, José Umaña Bernal, Eduardo Castillo, es sencillamente dejar trunca la columna de los homenajes. Pero esto no quiere decir que carezca de mérito el libro del profesor Uribe Ferrer. Lo tiene y mucho. Porque los tiempos actuales, signados por el desprecio a las categorías líricas que la mente elabora, no ofrecen oportunidad para hablar de cosas del espíritu. Una ordinariez completa y un afán de lucro parece invadir, como una alta marea aceitosa, el panorama colombiano. Se ha perdido el gusto por los temas estéticos, el afán de comunicarnos secretas esperanzas, el coloquio en torno de nombres y obras que construyeron el universo de la literatura.

En puridad de verdad no tuvimos humanismo. Acaso grandes escritores que conocieron humanidades, como Cuervo, Bello, venezolano ilustre, Caro, Suárez, Motta Salas. Pero no tuvimos como pueblo la medida de un tiempo humanístico, como lo quisieron los griegos. Y caemos ahora en el pragmatismo más feroz y desbocado. Sin dejar, que sepamos, una obra de escritores que honre a Colombia. Porque no solo de costumbrismo vive el hombre. Se nos fue de la presencia una época que nadie quiso reflejar en obras maestras. Y ahora mismo, la literatura de la violencia, —con honrosas excepciones—, se ha reducido a folletos rojos, sin técnica, sin ingredientes humanos que la hagan perdurable. Escribir la palabra sangre o muerte, o cementerio, no quiere decir que hemos llegado al Sinaí de la literatura de un tiempo signado por la miseria y la más abyecta anormalidad.

Volviendo al autor de este libro, podemos afirmar que ha escrito con honestidad sus conceptos en torno de los poetas que ha querido analizar. Su prosa es seca, pero no dura: no espejea en hallazgos verbales, pero tampoco es horra o desprovista de originalidad. El modernismo ha sido estudiado exhaustivamente por escritores espléndidos, principalmente por uruguayos como Agorro y Sabat Pebet y por el gran Torres Rioseco. Pero esto no quiere decir que este libro carezca de mérito. El autor no ha querido lanzarse a la aventura de cazar conceptos inéditos, de buscar en otras fuentes diferentes a las ya conocidas, nuevas aportaciones al tema. Se ha ceñido a una pauta y la ha seguido con seriedad y responsabilidad. Acaso nosotros hubiésemos seguido otro camino. Pero todos llevan a esta Roma del modernismo, Sus conceptos cazan con la realidad. Y tiene el valor de decir algunas verdades que tan útiles son para lograr que la literatura colombiana, no se convierta en una cerrada capilla de genios e ingenios, sino que el ácido de la crítica cumpla su función que, aunque parezca paradójal, tiene tanto de creación fecunda.

Oscar Hernández.

El día domingo.—Ediciones La Tertulia. Colombia.

Un nuevo libro más dentro de la bibliografía colombiana. Su autor confiesa que ha hecho de todo en la vida, menos dedicarse con seriedad al mismo oficio de escritor, cuando este exige paciencia, estudio, observación, confrontación. Porque no ha tenido tiempo de escrutar los estamentos de las culturas y de enriquecer su panorama literario. Tiene, se nota muy claramente en este libro, un afán de escribir sin madurez, por vocación, por el deseo de contar cosas en sus apretados renglones. Acaso no alcanza a observar atentamente los complejos problemas que entraña una vocación tan exigente como es hoy la de la literatura. Pasaron los bohemios tiempos de Julio Flórez, cuando todo era “repentismo” y luces de la pura intuición. Hoy se requiere ser testigo, mártir y algo espectador de nuestras propias emociones. La peripecia vital en sí misma no puede col-

marnos. Algunos nuevos ingredientes entran en toda formación cultural. Si carecemos de ellos o los menospreciamos, la obra está irrevocablemente condenada a la caducidad.

Nadie podría negar a Oscar Hernández la vocación para escribir. La tiene y en alto grado. Pero sus frutos no corresponden en manera alguna a una tarea intelectual, cuando esta es el producto de una larga mirada sobre el mundo, una firme introspección, ese equilibrio armonioso que encontramos en toda obra de arte cuando desafía el ácido del tiempo.

El autor de "El día domingo" parece escribir contra reloj. Una rapidez que en su obra se convierte en caducidad irremediable. No es preciso escribir como se multiplican algunas especies de insectos. En absoluto. La labor exige que el ingrediente llamado tiempo, penetre toda la obra, la enfríe, la cristalice, ya sea porcelana o una secreta partícula de hielo. Los frutos del Espíritu Santo, no podemos tomarlos con mano y gula apresuradas. Equilibrio, madurez reposo, exigen las obras llamadas a perdurar. Esto no quiere decir que invitemos a los escritores a aislarse en una torre de marfil para construir su obra. Esos tiempos también pasaron definitivamente. Sino que le permitan a la obra literaria algunas levaduras que son tan necesarias para que el todo tenga unidad y consistencia.

Acaso el autor de este libro no ponga mucho interés en su propia creación. Porque no sería explicable el desaliño, el prosaísmo, la falta de secretas músicas interiores de muchos de estos relatos. Sin la santa paciencia no se logra una tarea de hermosos y tajantes perfiles.

Decimos y escribimos esto, sin el menor ánimo de disputa. Únicamente para advertir al autor de "El día domingo", que debe frenar entusiasmos y disciplinar su espíritu para una futura tarea que la puede realizar porque tiene talento para ello.